

DIARIO BALEAR

del jueves 15 de Enero de 1824.

S. Pablo primer hermitaño.

EDUCACION.

Continuan las reflexiones sobre la educacion en general.

En cuanto á los padres, ó á los que se ocupan en la educacion, es necesario que se porten con firmeza y conforme á los preceptos que dan á los niños; porque estos nos observan en todo con el mayor rigor, estudian y descubren muy pronto nuestras propias debilidades en beneficio de su amor propio; nos reconvienen por cada accion contraria á nuestros dichos, y viéndonos cometer á menudo las faltas que corregimos en ellos, nos pierden el respeto y al fin la estimacion.

Los principios fundamentales segun los cuales debemos dirigirnos en la educacion científica son los siguientes. Hay tres principales épocas en la vida social: observar, reflexionar y obrar por habitud. Las ciencias que enseñamos deben ser proporcionales á la edad y disposicion natural del discípulo. Las que afectan á la memoria, y á la sensibilidad pertenecen á la primera edad; las que necesitan reflexion, ó son abstractas á la edad de quince años en adelante. La memoria sin el necesario y continuo ejercicio está en razón inversa con la reflexion. No se deje jamas de cultivar los sentimientos morales juntamente con el cultivo del espíritu, porque el hombre nació, no solamente para saber, sino tambien para obrar. La inconstancia que observamos en la juventud es efecto indestructible de la naturaleza: solo podemos dirigirla bien, si aplicamos la atencion del niño á diferentes objetos, los cuales lejos de confundirle, conplazcan su natural deseo de adquirir ideas en la época en que vive como observador. Los ejercicios corporales y otras diversiones inocentes son absolutamente necesarios, y deben en los

primeros siete años de la vida ocupar mucho mas tiempo, que el que se emplea en la enseñanza, sin descuidarse de formar el corazon sensible, desarrollar los talentos y cultivar el espíritu, aunque sea jugando. Para familiarizarnos con el estudio de cualquiera ciencia debemos estudiarla en tres diversas épocas. En la primera se ocupa casi únicamente la memoria, y obtenemos por decirlo asi una idea mas ó menos exacta de ella. En la segunda se ocupa mucho mas la reflexion, comparamos y aplicamos los resultados. En la tercera nos familiarizaremos con ella, como corresponde, y continuando la práctica, á fin de adelantar sienpre mas en nuestros conocimientos vamos perfeccionándolos, y enriqueciéndolos con propios hallazgos. Los libros científicos pues deben ser para las dos primeras épocas, escritos con buen método, claridad, solidez y precision. El autor, que habla demasiado y prueba poco, manifiesta que sus conocimientos no están coordinados, y poco servirá para discípulos, haciendoles perder mucho tiempo sin fruto alguno; y el que escribe libros científicos elementales en un estilo pomposo, manifiesta mas bien que no ha escrito para enseñar, sino para captar incienso á su vanidad. Los libros científicos que debemos usar en la tercera época de nuestro estudio deben ser escritos con mayor estension é ilustrados por muchos ejemplos prácticos, porque la teoria sola sin aplicarla bien pocas ventajas ofrece.

En cuanto al método, orden y tiempo que debemos adoptar, seguiremos las huellas de la naturaleza segun las observaciones espuestas. Es necesario advertir que con el estudio principal de una ciencia se debe sienpre unir el de las auxiliares inmediatas, sin las cuales nuestros conocimientos quedarian muy limitados, dan-

do á cada paso contra dificultades insuperables por el enlace estrecho que ciertas ciencias tienen entre si en particular, y con las demas en general; así por ejemplo, no se puede sobresalir en la física sin matemática y química, y sus relaciones con la historia natural, y de esta con la geografía.

La educacion científica no se debe estender en igual grado sobre hombres y mugeres; la naturaleza ha destinado á estas para otras grandes funciones, y en el mismo tiempo que las ha formado mucho mas sensibles, les ha negado el grado de solidez y penetracion del hombre. Conviene pues instruir las solamente en las materias que con el cultivo del espíritu fomentan y arreglan la sensibilidad, y producen ventajas esenciales en el respetable estado para el cual la naturaleza las ha destinado. Estos objetos de su enseñanza son: leer, escribir y aritmética; historia universal, geografía, algunos conocimientos en la zoología y botánica y principalmente del corazón humano, alguna lengua estrangera, y de las artes la música, y el dibujo. Las ciencias especulativas ó profundas quedan reservadas para los hombres, ya por las eminentes disposiciones naturales, ya porque son opuestas al destino final de la muger.

Llegamos por fin á la *educacion civil*. Si el hombre ha nacido para vivir en sociedad, debe desde luego prepararse para poder cumplir con las obligaciones que este estado le impone. Como padre de familia es menester que sepa gobernarla con orden, prudencia, cariño y firmeza; como miembro social, que obedezca á las leyes, ame á su patria, que sea incorruptible en lo que es justo, y útil á la sociedad, tanto por sus luces como por su condicion, y en fin que viva con sus semejantes de tal suerte, que evite toda desavenencia aunque ligera, causada tal vez por falta de cierta atencion, ó reglas adoptadas de la buena crianza. La mácsima para alcanzarlo, y grangearnos el respeto y aprecio de los demas debe ser: *sacrificar nuestro amor propio al beneficio ajeno*.

Debemos pues acostunbrar á los niños al orden, á la obediencia, al buen manejo del dinero, á la actividad, al trato fino con los hombres; es menester hacerles conocer en seguida el mundo y los secretos resortes del corazón. Les inspiraremos amor

á su patria; respecto sin bajeza para con sus superiores; les induciremos á la franqueza unida á la prudencia y agena de disimulo: á la firmeza sin obstinacion; á la modestia sin vanidad, á un porte noble sin orgullo, y á la urbanidad para con todos los hombres segun sus varias condiciones; sin que degeneren enperero en falsedad, ó aparente una baja sumision. Las niñas se deben principalmente acostunbrar al orden, á la limpieza y economía doméstica.

Preguntamos ahora ¿se ocupan las naciones debidamente en el importante ramo de la educacion? Aunque cuidan efectivamente de la educacion física y científica de los varones, en cuanto á la moral, algunas la favorecen indirectamente, otras la descuidan casi del todo. La civil en fin se deja casi generalmente entregada á las vicisitudes humanas. Lo que queda en algunas naciones en abandono casi total, es la educacion del bello sexo. Jugete de los impulsos naturales crece á veces, ó vegeta, como sino tuviera otro destino que el de satisfacerlos; y sin embargo ¡cuán grandes son las obligaciones de una buena madre! Ella debe poner las bases de la educacion moral y civil en el tierno corazón del niño; la naturaleza la ha dado para esto todas las disposiciones con preferencia, si las cultiva; de ella depende en gran parte si en el decurso de nuestra vida somos buenos ó malos. A pesar de todo esto, vemos muy á menudo, que su educacion física queda confiada á la casualidad; la moral, al capricho de las circunstancias; la científica se reduce muchas veces á algunas frioleras superficiales, que mas bien sirven para aumentar la natural propension á la vanidad; el cuidado doméstico, queda muchas veces en abandono, cual ocupacion poco honorífica; y la urbanidad se reduce á la práctica de algunas afectuadas exterioridades para aparentar, ó disimular.

Repetimos pues lo que en otra ocasion ya dijimos: Quereis mejorar las costumbres de una nacion? ¿Quereis que las virtudes sociales la eleven al mayor grado de gloria y del mas puro esplendor? Enpezad con dar buena educacion al sexo, ó renunciad para sienpre á vuestro deseo, como á un sueño que se desvanece al tiempo mismo en que mas indudables y lisonjeros se creen sus efectos.

Elegia compuesta con motivo de la epidemia de varios pueblos de Sevilla en el año 1819. No parece agena de este periódico una produccion perfecta en su clase y capaz de inspirar en todos tiempos los sentimientos religiosos mas sublimes.

Mista senum ac juvenum densantur funera.
Horat. lib. 1. ob. 23.

¿No ya enbotada tu segur ¡oh muerte!
Yace cansada al fin? su corvo filo
Sediento vaga aun y hambriento troncha
Del miserable el ser, que el cuello dobla
Y mudo el golpe asolador aguarda
Que lo arranque al vivir ¡Dias de llanto,
De sangre y de esterminio! *Horror y luto*
Grita el campo; y *horror* responde y *luto*
La mísera ciudad. Hundidos yacen
Y en confusion los secos. Ya la choza
Y el templo y el palacio en anchas tunbas
Se abrieron al morir con crudo espanto.
En cárdeno livor su faz de rosa
Cadavérica ve la casta vírgen,
Y en *ay de muerte* el tenbloroso labio
Cambia el cantar de amor. Huye su amante.
Que en el hálito fiel que antes libára
Ponzoña y muerte ve: teme ya el lazo
Que en su seno anheló: su diestra evita
Cual si del hierro matador armada
Le amagára su fin. ¡Que tu no puedas
Allá muriendo renovar los votos
De tu ya inutil fe! Que á tí negado
Dar á tu amante el postrer ay te sea!
El maternal cariño rechazando
La amistad y el deber, huyes de todos
Y huyendo todos van de tí. ¡Infelice!
Que inpiedad criminal, sola... luchando,
Con tu fin... desoyéndote... Oh mortales!
Escuchad y tenblad. Ved cual acaba
Nuestra raza infeliz.
. La horrenda muerte,
Hinchado el hondo y cavernoso pecho
De letal fetidez, sobre la tierra
En trono de cadáveres sentada
Quiso tambien reinar: debil tributo
Del Noto y Aquilon cobró en los mares,
De la discordia y vicio acá en la tierra.
Insatisfecha, inconpasiva brama;
Fija en la Arcadia el bárbaro recuerdo
Y en los campos de Ecico, en donde un
tiempo
Contagio asolador senbró zañuda.
Aciaga aprobacion en su faz cruje
La sonrisa cruel; y agita en gozo
Los ruidosos miembros que resuenan

Cual en el techo en tormentosa noche
La espesa piedra que del Cielo baja.
Tres veces y otras tres su fauce espira
Un hálito pestifero que ondea
Y el hemisferio de infeccion enpaña.
Llama á los vientos de la ardiente Zona
Que abrasaron del Africa la arena,
Y el tipo encienden con sus igneos soplos.
Hierve el veneno; y en ondosas venas
Abierto el campo, cual presagio enseña
Su seno espantador. Rápida entonces
Hiende siniestra á su mansion, y clama
Con ronco grito que en el val retunba:
Miserables bajad. Airado el cielo
Calla escuchando el destructor decreto.
Al punto el triste que el fatal aliento
Enponzoñado respiró, su frente
De obscuridad y de opresion ceñida,
Con frenesí y dolor, desfallecido,
Cede y sucunbe: las hinchadas venas
Del fuego destructor la rauda copia
Bastan apenas á encerrar: sus poros
Peste escalan tambien, que el ministerio
Matador al ecsánime la Parca
Con su veneno confirió: el delirio,
La agonía y la muerte el lecho asaltan
Del doliente infeliz: sepulcral eco
Llama á piedad, y el infeliz que escucha
Es devorado y á su vez sin tregua
Devorador tambien. ¡Virtud suprema
De compasion! Oh! ¿Cuando levantada
Fuiste en verdugo del mortal benigno
Que humano te ejerciera? Huyendo es-
conde
El temeroso morador su frente
Do en yerta palidez se ve esculpido
Tribulador afan, al solo aspecto
De otro infeliz mortal, fredor de muerte
Vagar discurre por su sien turbada:
Teme su acceso, que sus semejantes
Sus asesinos son. ¿Y á donde ¡oh Cielos!
A donde podrá huir? Funestas vallas
Del malhadado círculo en que gime
Le vedan de pasar. ¡Que en vano espere
La invocada piedad! que á sus gemidos
Dado no sea al compasivo pecho
Su rescate intentar! Que nunca. . . . Oh!
¿Cuando
Tendrá el estrago fin? Yermo es el pueblo,
Desierto es la ciudad. La consternada
Mente del hombre que el pavor enbarga
¡Cuan súbita cambió! Que otros temores
Que otros afanes sin cesar la agobian!
Pregunta un punto al miserable resto
De vasta mortandad ¿adonde ¿adonde

4
El brillo está y tumulto? Adonde es ida
La insana ponpa del que ayer no pudo
En su fin consentir? Terror y miedo
Quedan solo, responde, y llanto y luto.
La rebelde rodilla dobla ahora
Ante los dioses, que en su afán invoca,
Quien con escarnio en su soberbia un día
Fátua incredulidad propalar pudo,
Desprecio criminal vano ostentando,
Con proterva irrisión mofando al justo.
Ya el avaro cruel su inútil oro
Que con fraterna sangre acumulara
Pretende prodigar: metal injusto
Robado al indigente y que no basta
A sobornar la muerte. Hierre al pecho,
Tienbla la diestra que el secreto vaso
De muerte espuso á la amistad dormida.
La voluble doncella el fatal nonbre
Rasga también del seductor perverso
A quien á un tiempo conoció y creía,
Con supuesto pudor vistiendo al vicio:
Otro tal vez del pervertido egeplo
Que en su madre aprendió... ¿Cuándo ¡ay!
al hombre

Decretados de paz serenos días
Por el Cielo serán? Las breves horas,
Cual eléctrica llama que la nube
Inpetuosa descargó, volaron.
Mas permanente del metal retumba
El vago son, mas dura á mis oídos,
Que al ser engendrador de las edades
Y ante quien sucediendo van los siglos
Mis días durarán. Eterna noche
Para nosotros se creó: y la vida
El fátuo fuego que el sepulcro ecshala
Es y no mas. Vapor pálido brilla
Cual de muerte engendrado y de miserias,
Y en la miseria y el no ser se apaga.
Nuevo gas de infección á brillar torna
Y á apagarse también: símbolo triste
De despreciable sucesión que el hombre
Con loco orgullo en ostentar se afana;
Humo que el viento disipó; ruido
De aire fugaz que el vidrio aprisionaba.
¿Y como el hombre ensordecir pudiera
A tan alta verdad? Como. . . . ¡ay!
no sea.

Hondamente grabada en mi memoria
Quede y por sienpre la horrorosa escena
De estrago y destruccion. Fija la planta
Junto á la tunba pararé, que abierta
Tal vez mi fin para cerrarse aguarda:
Y en ella en pos... ¡Oh! cuantos en su
seno
Posaron ya!.... Tu, Cintia, quizá ahora

Frio cadáver, la tu tez hermosa
Tu nivea frente y virginales labios
Bajas á sepultar: ¡premio funesto
A tu constancia y fe, á tu virtud pura!
Tu, Delio, tu también... ¡Oh! cual se agita
En mi afectado corazón la llama
De inviolable amor, de amistad santa!
Vosotros ambos llevareis los votos
Que acá en mi pecho de afección ardiente
Al cielo airado elevaré. ¡Ah objetos
Dignos de mi dolor! Si de mis días
La generosa ofrenda consiguiera
De Jove desarmar la alzada diestra,
¿Quién ¡ay! bastara de la hermosa pira
Mi paso á desviar? Mi quieta sombra
Del balsámico bien de vuestros ayes,
Del deleitoso ardor de los suspiros
Escalados en fuego á mi memoria,
Mas se pagara. ¡Oh! mas!.. Mas la halagaran
Que el miserable resto de los días
De miseria y penar que allá nos llevan.
¿Y al cabo ellos serán? ¡Deuda horrorosa,
Que tras sí ¡oh dioses! sin piedad arrastra
Al mísero deudor ¡Oh! nunca, nunca,
Hombres, borreis de la affigida mente
Días que el cielo de venganza é ira
Tremendo señaló. Cual en el bronce
Del agudo buril se estampa el paso,
Cual sobre el leño en abrazada senda
Su curso el fuego demarcó, grabados
Queden por sieupre en la memoria nuestra.
Del cipres melancólico y adelfa
La sien ornada nuestros tiernos hijos
Sobre la tunba con nosotros vayan.
Oigan narrar al dolorido padre
La historia de su infancia: con profundo,
Con sagrado terror presten su mente;
Y allí inocentes á morir se ensayen.

Palma 14 de Enero.

ORDEN DE LA PLAZA.—Servicio para el 15.
Principal y oficial de ronda Pavia; las
demás guardias y sargentos de ronda y
de hospital M. P.—Socios.

AVISO.

El 15 y 17 del corriente sale balija
para Barcelona.

CON SUPERIOR PERMISO.

INPRENTA DE FELIPE GUAS